

JOSÉ SÁNCHEZ PAREDES y MARCO CURATOLA PETROCCHI
Editores



Capítulo 16



LOS ROSTROS DE LA TIERRA ENCANTADA

Religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo

Homenaje a Manuel Marzal, S.J.

Los rostros de la tierra encantada: religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo. Homenaje a Manuel Marzal, S.J.

José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

© José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

© Instituto Francés de Estudios Andinos, UMIFRE 17, CNRS-MAE

Av. Arequipa 4500, Lima 18, Perú

Teléfono: (51 1) 447-6070

Fax: (51 1) 445-7650

postmaster@ifea.org.pe

www.ifeanet.org

Este volumen corresponde al tomo 304 de la Colección «Travaux de l'Institut Français d'Études Andines» (ISSN 0768-424X)

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, junio de 2013

Tiraje: 600 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-35-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-06874

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300246

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

INICIATIVAS CIENTÍFICAS Y LABOR MISIONAL DE LOS JESUITAS EN LA NUEVA ESPAÑA, S. XVI

María Cristina Torales Pacheco

Universidad Iberoamericana, México

Participar en un homenaje al padre Manuel Marzal, ejemplo del jesuita contemporáneo que ha sabido vincular con acierto su vocación científica con los propósitos educativos y pastorales de la Compañía de Jesús, me ha motivado a proponer en este ensayo algunas reflexiones sobre el origen de las iniciativas que podríamos calificar como científicas, surgidas a la par de la labor misional de los jesuitas en la Nueva España.

En un texto reciente mencioné cómo en los relatos históricos sobre la Compañía de Jesús en la Nueva España poco se ha atendido al papel que tuvieron los jesuitas en el impulso de las ciencias naturales desde el primer siglo de su estancia en tierras americanas, pues los estudiosos de la historia de la ciencia han dado prioridad a la culminación de la actividad científica puesta de manifiesto, entre otros lugares, en las obras escritas por los jesuitas expulsados en el siglo XVIII (Torales, 2003c). En adición a ello, en México, influidos por una tradición historiográfica liberal decimonónica, se ha estudiado, aunque también escasamente, el origen de la labor educativa de la Compañía de Jesús y se ha dejado a un lado el inicio de la obra misionera de los soldados de Cristo. Más aún, la mayor parte de los estudios sobre dicha tarea han sido realizados desde la óptica historiográfica norteamericana. Herederos también de una historiografía que dejó a un lado los procesos integrados y que así, como en el arte fragmentó la figura humana, en la historia desmenuzó los procesos para profundizar en ellos, la historiografía mexicana ha estudiado aisladas las iniciativas de la Compañía de Jesús, por lo general resaltando su papel protagónico en la educación superior y en la formación de la identidad nacional. Algunos han mostrado también su sensibilidad estética respecto al patrocinio de las creaciones artísticas y, como ya he sugerido, los menos, frente a la labor misional y científica jesuitas.

Aquí, menciono un referente más sobre la historiografía jesuita mexicana. Influida desde el siglo XIX por la necesidad de construir un proyecto nacional

nuestros historiadores, al tomar como objeto de estudio a los jesuitas, con frecuencia, han olvidado que la Compañía de Jesús fue concebida como una corporación mundial con propósitos comunes definidos por el santo fundador y por un sistema de gobierno vertical cuyo eje rector, el Prepósito General, tenía su sede en Roma y, mediante un sistema ágil y eficiente de correspondencia, orientaba y movía en la época moderna el engranaje de dicha corporación.

En el presente ensayo quisiera ofrecer algunos apuntes para mostrar el origen de las labores evangelizadoras a la par del papel que los jesuitas tuvieron en la gestación de una labor a la que hoy en día podríamos imprimirle el calificativo de «científica». Solo me he de referir a la labor educativa en lo que se relacione con estos propósitos. Una propuesta general rebasa los límites del presente trabajo; me ciño a describir la trayectoria de cuatro jesuitas en aras de contribuir a la reflexión sobre los pasos iniciales de la corporación jesuita en Nueva España. Propongo con ello la conveniencia de recuperar el papel del individuo con nombre y apellido, olvidado o más bien ignorado en la historiografía de las últimas décadas del siglo XX, como parte importante para explicar los procesos históricos. Cuánto más obligado esto, si se trata de aportar luz sobre una organización que como signo de su modernidad supo conciliar los propósitos comunes con la valoración de las virtudes individuales (Torales, 2003a).

En el siglo XVI, con una óptica y perspectiva mundiales, la Compañía de Jesús asumió desde Roma, es decir desde su compromiso con Paulo III, como territorios prioritarios para la tarea evangelizadora los estados alemanes en aras de su recatolización¹ y lo que Ignacio de Loyola reconoció como *las Indias*, los nuevos reinos de España y Portugal, americanos y asiáticos, en los que habría que introducir la fe católica. Por ello los Prepósitos Generales que siguieron a Loyola superaron las fronteras políticas entre los reinos, imperios y repúblicas, por una parte, y reconocieron y valoraron las singularidades culturales en el sistema mundial, por otra. Con sus medidas de gobierno y con una sólida formación universitaria de sus miembros, a partir de las primeras experiencias en tierras americanas, fueron construyendo el perfil del jesuita iberoamericano, sensible al reconocimiento de la naturaleza y cultura en tierras ajenas a la suya, y preparado lo mismo para la acción en la cátedra, el confesionario y el púlpito en los espacios urbanos y rurales ya catequizados, que para asumir el reto evangelizador entre los infieles. Esto en paralelo al diseño del jesuita postridentino que habría de formarse en aras del combate al protestantismo. En este contexto es en el que debemos comprender dos párrafos de cartas del santo fundador (que más adelante habré de citar) que

¹ Para la recatolización de Alemania, el santo fundador incluso escribió el texto «Cosas que parecen poder ayudar a los que van a Alemania», fechado en Roma, 24 de septiembre de 1549 (Loyola, 1991, pp. 861-868).

podemos considerar como frases inspiradoras e impulsoras de lo que aquí nos interesa: la apropiación del conocimiento sobre la naturaleza americana, al tiempo en que se realizaban las misiones en los espacios urbanos y rurales y la trasmisión de la fe a los infieles en tierras novohispanas.

Apropiación de la naturaleza novohispana

En otro lugar en el que he hecho énfasis en el valor del género de la carta para la corporación jesuita, he mencionado cómo San Ignacio de Loyola invitaba a los misioneros a escribir lo que él denominó *letras de las Indias*, las cuales solía mostrar a individuos «principales» en Roma quienes las leían «con mucha edificación» (Torales, 2003b). Propuse entonces como el origen de este tipo de textos la carta del santo a Gaspar Berce del 24 de febrero de 1554. En ella sugiere que en sus misivas:

[...] se escribiese algo de la cosmografía de las regiones donde andan los nuestros; como sería, cuán luengos son los días de verano y de invierno, cuándo comienza el verano, si las sombras van siniestras, o la mano diestra. Finalmente, si otras cosas hay que parezcan extraordinarias, se dé aviso, como de animales y plantas no conocidas, o no in tal grandeza, etc. (Loyola, 1991, p. 985).

En un texto reciente he mencionado cómo los jesuitas llegaron a Nueva España en 1572, cuando ya había pasado la época de sorpresa y asombro ante la naturaleza y el espacio americanos (Torales 2003c). Para entonces se había ya construido en Europa un imaginario del continente americano a través de textos y grabados impresos, surgidos de los relatos y dibujos de quienes habían cruzado el Atlántico (Briesemeister, 2004; Pieper, 2004; Schmidt, 2004; Pietschmann, 2004).

Tan solo faltaban dos décadas para que se cumpliera el centenario del primer viaje colombino. El jesuita José de Acosta (1540-1600), quizá el primero que supo traducir las demandas de San Ignacio de Loyola en una magna obra sobre la naturaleza americana, había llegado un año antes al Perú. En Lima fue rector del colegio de San Pablo, provincial y teólogo consultor del Tercer Concilio. En 1586 se trasladó a México, donde realizó indagaciones sobre la historia antigua; al año siguiente retornó a Europa, y en 1590 publicó su *Historia Natural y Moral*. En la Nueva España encontramos las primeras iniciativas de los jesuitas en esta línea poco tiempo después de su arribo. Entre los autores principales de ellas debemos mencionar a Juan Sánchez Baquero (1548-1619), a Pedro Mercado (1546-1619)²

² Primer jesuita mexicano. A partir de 1591, se dedicó a la construcción de la casa profesa de México y de su primera iglesia (Zambrano, 1961-1977, XIX, p. 504).

y al hermano coadjutor Bartolomé Santos (1558-1610)³, quienes por sus habilidades científicas y tecnológicas fueron involucrados en la construcción del desagüe de la Ciudad de México. Asimismo, a Vicente Lanuchi se le atribuye el interés por divulgar en Nueva España los principios de las ciencias. Por su parte, Alonso López de los Hinojosos es un ejemplo del acercamiento sensible de los jesuitas a la ciencia y a la naturaleza americanas en aras a su aplicación al cuidado y conservación del cuerpo. Como lo expresé en su momento, estos jesuitas no fueron los únicos promotores de la ciencia a fines del siglo XVI, fueron contemporáneos de una brillante comunidad científica, en cuyos miembros, la mayoría de origen europeo, se había producido ya la apropiación de lo novohispano. (Trabulse, 1983; Rodríguez-Sala, 1994). Estos jesuitas, a excepción de Lanuchi que regresó a Sicilia, se comprometieron con la realidad americana en consistencia con la política y disciplina de la orden de no permitirles el retorno a Europa una vez en América o en Filipinas. Esta circunstancia contribuyó a su identificación con la sociedad criolla así como a su apropiación y exaltación de lo novohispano.

Juan Sánchez Baquero (1548-1619) y el amanecer de la cartografía novohispana

De los tres jesuitas que intervinieron en la construcción del desagüe de la Ciudad de México me ocuparé en particular de Sánchez Baquero, distinguido por sus pares por sus conocimientos astronómicos, matemáticos y cosmográficos. Es reconocido en la historiografía sobre todo como autor de la segunda crónica escrita de la Compañía en la Nueva España⁴. Debo mencionarlo aquí, sin embargo, en relación con su obra cartográfica, inicio de la apropiación del espacio novohispano por los miembros de la Compañía de Jesús.

Natural de Puerto Llano, Toledo, y graduado en artes en Alcalá en 1563, ingresó a la Compañía en 1567 (Pérez de Rivas, 1896, p. 356. Catálogo de Alcalá, 12, 16; y Zambrano 1961-1977, XIII 226). Antes de concluir los estudios de teología se embarcó en la primera expedición que realizaron los jesuitas a la Nueva España. Ordenado sacerdote, Sánchez, en compañía del padre Hernán Suárez de la Concha, emprendió su labor misional en tierras de Michoacán en camino a la diócesis de Guadalajara. Ya en esa plaza, enseñaron la doctrina a los niños, visitaron las cárceles y predicaron en la catedral promoviendo con ello la confesión de los fieles y la renovación espiritual entre los clérigos. En la Cuaresma de 1574, ambos jesuitas acudieron a la región minera de Zacatecas donde atendieron a los españoles, a sus

³ Coadjutor a cargo de la hacienda de Santa Lucía en Chalco de cuya producción dependió el proyecto educativo de la capital (Zambrano, 1961-1977, XIII, pp. 767-771).

⁴ El texto fue publicado hasta 1945 por iniciativa del padre Mariano Cuevas, S.J.

esclavos y a los «indios ladinos que trabajaban en los reales y haciendas. (Sánchez Baquero 1945, I, XV: 64-8). Regresó poco después a México para hacerse cargo de la oración latina y la clase de gramática con motivo de la inauguración del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo en octubre de 1574 (Sánchez Baquero, 1945, XVI, pp. 72-73; Zambrano, 1961-1977, XIII, p. 232). Liberado de la enseñanza por el arribo del padre Lanuchi, continuó su labor misional y educativa en Pátzcuaro, donde estuvo a cargo del seminario fundado por el obispo Vasco de Quiroga, y con sus compañeros atendieron a la población española y a los indios de los pueblos circunvecinos, a través de intérpretes (Sánchez Baquero, 1945, XVII, pp. 76-77). En 1575 retornó a la ciudad de México donde colaboró en la atención y alimentación de los enfermos durante la epidemia que afectó severamente a los indígenas (Sánchez Baquero, 1945, XIX, pp. 85-89). Asimismo, fundó el colegio de Valladolid (1578) y asumió la regencia del colegio de San Nicolás (1582). Entre 1585 y 1592 radicó en el Colegio Máximo en calidad de ministro, profesor de gramática y consultor. En 1593 vivía en Veracruz dedicado a la predicación y a la confesión de los que llegaban en las flotas. Fue dos veces rector del colegio de Oaxaca (1594 y 1610). Vivió en la casa Profesa entre 1613 y 1619, año en que se retiró a una hacienda del colegio de Oaxaca en la que antes había hecho un ingenio de azúcar para garantizar el sostenimiento de la obra educativa (Sánchez Baquero, 1945, XVIII, p. 83). Allí falleció el 31 de diciembre de 1619. Solo es posible explicar su trayectoria versátil y dinámica, así como su longevidad, atendiendo a que fue un individuo que gozó de extraordinaria salud. Después de su muerte se dijo de él que: «No había quien le igualase en matemáticas. Junta a la virtud mucha doctrina. Enemigo implacable de la maledicencia. De imperturbable calma de espíritu. Estimaba el tiempo. Se dio a la oración año y medio antes de morir» (Sánchez Baquero, 1945, p. 9).

Cuando estudiaba el primer año de la teología, el *Catálogo* de Alcalá de 1569 decía de su personalidad: «de poca salud y ha de ser para regir». El padre general Aquaviva decía hacia 1587 que Sánchez era «algo demasiado rígido». Sobresalió por sus conocimientos matemáticos desde su estancia en el colegio de Alcalá; el padre Alonso Sánchez, afirmó que en ese colegio había sido su compañero de aposentos y que a él debía «toda su aplicación y aprovechamiento en las matemáticas» (Alegre, 1841, p. 157; Zambrano, 1961-1977, XIII, pp. 226-227).

Sobre su actividad científica en la Nueva España tenemos referencias que nos permiten esbozar su perfil intelectual. En 1600, a instancias del capitán Sebastián Vizcaíno, el virrey conde de Monterrey pidió al padre Sánchez que participara como piloto en la segunda expedición a las Californias, propuesta que rechazó por considerar ese trabajo «impropio de un religioso, contentándose con indicar la fecha adecuada para ella». El gobernante tomó en cuenta el parecer de Sánchez y pospuso la fecha de partida de la expedición (Alegre, 1841, pp. 389-391; Zambrano, 1961-1977, XIII, p. 225).

El inicio de su intervención en la obra del desagüe se dio en la junta a la que convocó el virrey Velasco con motivo de la inundación de 1607, que ocasionó el abandono de la Ciudad de México por más de 15 000 familias. Asistieron a la reunión los jesuitas Sánchez, Mercado y Santos, así como el doctor Villerino y Henrico Martínez. En la historiografía sobre el desagüe se ha puesto atención a la trayectoria de este último, en tanto que apenas se menciona la participación de los jesuitas. Sánchez llevó a cabo el primer levantamiento cartográfico del valle de México y la dirección inicial de la obra hidráulica. Sin embargo, por diferencias con Henrico Martínez, Sánchez se retiró (Alegre, 1841, p. 438; Zambrano, 1961-1977, XIII, p. 245). No se conoce el plano trazado por él, solo sabemos que Sigüenza lo copió para ejecutar su plano del valle de México. El padre Andrés Cavo nos dice a este respecto:

Esta obra que iba a competir con las más célebres de los romanos, desde los principios estuvo a cargo del célebre matemático, padre Juan Sánchez de la Compañía de Jesús, que trazó la planta, y cuyo original se conservó en el archivo de la provincia de México hasta que a fines del siglo pasado don Carlos Sigüenza y Góngora, lo sacó de allí y dio a luz, quedando en el archivo hasta la expatriación de los jesuitas [...] (1949, pp. 270-271; Burrus, 1967, p. 12; Trabulse, 1983, p. 140).

Avanzado el siglo XVIII, José Antonio Alzate, interesado en ilustrar su «Descripción topográfica del Valle de México,» publicó en su *Gaceta* de octubre de 1790 el plano atribuido a Sigüenza (Alzate, 1831, II, pp. 40-41).

Por su parte, Alegre informó en su *Historia* que Sánchez: «fue el más hábil y laborioso de cuantos geógrafos ha tenido la América, y en los mapas exactísimos que nos dejó de toda la costa de Pacífico hasta Panamá» (III, p. 80; Zambrano, 1961-1977, XIII, p. 256). Asimismo, Clavigero, al referirse a la necesidad de comunicar los océanos, dejó constancia del reconocimiento de un canal en Nicaragua por Sánchez:

Solo pretendo que se use de los canales que la misma naturaleza ha abierto para el más fácil y pronto transporte de cualquiera mercancía de un mar a otro. Estos canales (omitiendo el río Chagre que pertenece a la otra América) son dos. El primero reconocido ya hace casi dos siglos por el P. Juan Sánchez, jesuita, uno de los fundadores de la provincia de México y cosmógrafo del rey, está en Nicaragua (1944, p. 391).

Al respecto, podríamos conjeturar que el levantamiento cartográfico del litoral del Pacífico hasta Panamá y el reconocimiento de ese canal exigieron al padre Sánchez un recorrido por Centroamérica que debió realizar como parte de su labor misional entre 1594 y 1613, durante alguna de sus estancias en Oaxaca.

Otra mención del padre Alegre nos muestra la curiosidad científica de Sánchez. En las excavaciones del desagüe observó un conjunto de huesos monumentales

encontrados al abrir unas zanjas, los cuales llevó al Colegio Máximo para su estudio. De esto se dio noticia al padre Aquaviva en la carta *Annua* de 1607.

Concluimos este apartado con una referencia a las cualidades intelectuales de Sánchez, debida a Andrés Pérez de Rivas (1575-1655):

Era grande la capacidad de este señalado varón, y juntándose a ella su continuo estudio y recogimiento, llegó a ser dotado de muchas artes y ciencias, hablando en cada una, como si aquella sola hubiera estudiado. Porque, dejando aparte la latinidad y letras humanas (que muchos años leyó a los de dentro y fuera de casa), y viniendo a ciencias mayores de artes y teología, fue varón muy aventajado en ellas. Leyó moral algún tiempo en el colegio de Oaxaca, y había sumado dos veces el derecho y quien le oyese tratar de esta facultad de judicatura, dijera que en abogar, podía ganar su ida. Y demás de eso, entraba y salía fácilmente en cosas de medicina; y aunque en estas ciencias fue tan aventajado, mucho más en las matemáticas, adelantándose a otros muchos con extremo (1896, p. 356).

Vincetij Nutij (1543-1593), la imprenta y la formación científica

Lanuchi, como le llamaron en México, fue quien durante su breve estancia en la Nueva España inició la labor editorial de los jesuitas en el Colegio Máximo. Nacido en Sicilia, fue admitido a la Compañía de Jesús en 1559 en Mesina, donde además del latín, griego y hebreo, estudió filosofía y teología (Catálogo, 1576; Zambrano, 1961-1977, I, p. 504). Después del magisterio solicitó un traslado de provincia y fue enviado a España con la idea de embarcarse a las Indias orientales. Sin embargo, se le designó superior de la segunda expedición a la Nueva España, dispuesta por el padre Everardo Mercuriano a instancias del padre Nicolás Bobadilla, compañero de San Ignacio, para apoyar la apertura del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. El 1° de septiembre de 1574, después de un accidentado viaje, arribó a Veracruz con seis hermanos más. Lanuchi tuvo el cuidado de escribir al padre general el 29 de junio de 1574 al tiempo de su partida de Sanlúcar. Además de describir las características de la flota y mencionar el entusiasmo con el que partían a la empresa mexicana, confesó que ya hablaba medianamente el castellano y que había recibido de fray Luis de Granada sus obras referentes a la predicación (Zambrano, 1961-77, I, pp. 506-507).

Por indicaciones del general jesuita, Lanuchi asumió el cuidado de los estudios de latinidad del Colegio Máximo con el propósito de valerse de su experiencia europea para ajustar dichos estudios al orden y método del colegio romano. Así lo confirma una carta, fechada en Roma el 22 de abril de 1575, del padre Everardo Mercuriano al padre Pedro Sánchez, provincial de México (Zambrano, 1961-1977, I, p. 511). Asimismo, instauró los cursos de retórica, de los cuales el padre Sánchez Baquero nos dice que «sacó muchos aventajados alumnos» (1945, XVI, p. 73).

En el *Catálogo* de 1576, Lanuchi es descrito «de mediana salud, de mediocre ingenio y juicio. Tiene talento para oír confesiones y enseñar retórica, griego y hebreo» (*Monumenta M.* I, p. 22; Zambrano, 1961-1977, I, p. 511). A nuestro parecer, su trayectoria nos demuestra su carácter inestable, unido a la tenacidad con la que emprendió su labor educativa.

Un año después de haber llegado a México escribió al general para solicitar su traslado a las misiones de Japón o China, lo cual no tuvo efecto. Por diferencias con su provincial, debidas a la intención de Lanuchi de suprimir en el Colegio Máximo la lectura de los clásicos paganos, partió a Europa el 14 de agosto de 1579 con el pretexto de incorporarse a una cartuja. Ya en Sevilla, habiendo logrado lo que a todas luces parecía ser su verdadero propósito, continuó en la Compañía y más tarde regresó a Sicilia.

La historiografía jesuita ha resaltado la labor educativa del padre Lanuchi en los primeros años del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo (Gómez Robledo, 1954, pp. 43-54). Del mismo modo lo ha reconocido como el fundador de la Congregación de la Anunciata, inicio de las congregaciones marianas en México⁵, y se le ha identificado como introductor de la devoción a las reliquias que el papa Gregorio XIII envió a la Nueva España⁶. Aquí quisiera, de nueva cuenta, hacer hincapié en la importancia de su presencia en México en razón de que sus iniciativas constituyen el primer esfuerzo para la divulgación del humanismo a través de la imprenta y de manera específica, de las matemáticas y la astronomía (Torales, 2003a). Poco después de la inauguración del Colegio Máximo, Lanuchi advirtió la necesidad de libros para la enseñanza de las humanidades; en 1576 escribió al padre general para que se los enviaran desde Roma. El 20 de junio de 1577 el general manifestó la imposibilidad de hacerlo y sugirió que los solicitara al procurador en Sevilla para que les fueran enviados desde Flandes. Mientras tanto, en México, el provincial recurrió al arzobispo Pedro Moya de Contreras y al virrey Martín Enríquez para solicitar autorización para imprimirlos «para la frecuencia y continuación de los estudios de los colegios adyacentes y anexos a la dicha Compañía y de los demás estudiantes de esta ciudad». Ambos, muy afectos a los jesuitas, dieron licencia al impresor piamontés Antón Ricardo para imprimir los libros «todos o en partes». Se discute si todos los títulos demandados salieron de la prensa en breve tiempo; solo se conocen cuatro de ellos, impresos entre 1577

⁵ El padre Everardo Mercuriano, en su carta de 20 de febrero de 1578 a Lanuchi, confirmó que enviaba anexo el Breve de Gregorio XIII para la fundación de la Congregación y «diez mil granos benditos que le envía esta Congregación Prima primaria» (Zambrano, 1961-1977, I, p. 514).

⁶ Por carta del general a Lanuchi de 14 de marzo de 1576, tenemos noticias de que este había solicitado al general «reliquias, granos benditos y *agnus dei*». En carta de 20 de junio de 1577, confirma el general que ya ha enviado *agnus dei* y cuentas benditas. El 14 de enero de 1578 Lanuchi entregó doce reliquias destinadas al Colegio de Pátzcuaro (Zambrano, 1961-1977, I, pp. 512-513).

y 1579⁷. Entre las primeras obras publicadas encontramos el que seguramente fue el primer texto didáctico de carácter científico impreso en América. Nos referimos al tratado *La esfera*, de Francisco Maurolico (1494-1575)⁸ que fue publicado junto con la *Introducción a la dialéctica de Aristóteles*, obra del jesuita Francisco de Toledo, en un solo volumen⁹. Maurolico fue un religioso benedictino, hijo de un médico bizantino emigrado a Sicilia. Fue el típico sabio renacentista, autor de numerosas obras de arquitectura, astronomía, historia natural, historia religiosa y civil, matemáticas, música y poesía; y dirigió la construcción de casas, fuentes y fortificaciones. La primera edición de *La esfera* se realizó en 1558 en Mesina, donde Maurolico enseñaba matemáticas. Seguramente allí lo conoció Lanuchi y consideró su obra apropiada para introducir a los novohispanos en las matemáticas y la astronomía. Cabe resaltar que este texto no fue citado entre los aprobados por el virrey y el arzobispo. En el colofón, el editor anotó que fue impreso a petición de Vincetij Nutij (como hemos señalado que firmaba Lanuchi), rector del Colegio Máximo. Podemos considerar este impreso como el testimonio del inicio de la formación científica al interior de los colegios jesuitas en la Nueva España y de la estrategia de divulgación del conocimiento científico.

Alonso López de los Hinojosos (1535ca.-1597) y su tratado de cirugía

Era natural de los Hinojosos, en el obispado de Cuenca. No se tiene conocimiento de cuándo cruzó el Atlántico. Ingresó en calidad de hermano coadjutor a la Compañía de Jesús en México a los 50 años. Murió de 62 años, el 16 de enero de 1597, siendo portero del Colegio Máximo (Oviedo 1755, I, p. 88). Contamos con una semblanza de su vida escrita por uno de sus contemporáneos, el primer cronista de la Compañía, quien se refiere a él como «persona de ordinaria calidad, pero de grande pecho y ánimo para cosas grandes». Antes de su ingreso a la Compañía, fundó un monasterio para religiosas y ayudó de su peculio al Hospital Real de Indios, donde asistía a la población desamparada:

[...] de noche y de día, haciendo oficio de médico cirujano y enfermero con maravilloso acierto; porque aunque no había estudiado estas facultades pero su deseo de hacer bien y el ejercicio y lectura de libros en romance y la práctica

⁷ La primera obra impresa: *P. Ovidii Nasonis tam de Tristibus quam de Ponto. Una cum elegantissimis quibusdam carminibus diui Gregorij Nazianzeni*. Mexici in Collegio Sanctorum Petri & Pauli, Apud Antonium Ricardum, MDLXXVII (Medina, 1989[1907-1912], p. 217).

⁸ Reverendi do. Francisci Maurolyce, Abbatis Messanensis, atque mathematici celeberrimi. De Sphaera. Liber unus. Mexici apud Antonium Ricardum in Collegio dius Petri & Pauli.

⁹ Introductio in Dialectica, Aristotelis, per Magistrum Franciscum Toletu Sacerdotem societatis Jesu, ac Philosophiae in Romano Societatis Collegio professore. Mexici, In Collegio Sanctorum Petri & Pauli, Apud. Antonium Ricardum, MDLXXVIII. El Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, conserva un ejemplar.

de muchos años tomada por amor de Dios, le hizo tan diestro en curar todo género de dolencias, que médicos muy insignes se aconsejaban con él y aun le fiaban su salud antes que a otros graduados en esa facultad. Era de entendimiento claro y sencillo, de gran conocimiento de medicamentos simples y no menor de las enfermedades ordinarias y extraordinarias [...] (Anónimo, 1945, XXI, p. 77).

Esta descripción nos revela que Alonso López era un autodidacta y nos explica, en parte, el que la historiografía sobre la medicina en el siglo XVI apenas lo mencione. Colaboró con los doctores Francisco Hernández y Juan de la Fuente en las autopsias que hicieron en el Hospital Real con motivo de la epidemia del *cocolixtli* de los años 1575-1576 (Muriel, 1990, p. 141). Su participación en el cuidado de los naturales durante esa epidemia seguramente fue lo que lo aproximó a los jesuitas y le valió el patrocinio de su obra, pues los miembros de dicha orden se mostraron muy sensibles a las epidemias. Con apenas tres años de haber llegado a América, conservaban en su memoria los estragos de las epidemias en la península Ibérica, pues estuvieron a punto de extinguirse a causa de ellas (Vincent, 2003; Oviedo, 1755, p. 297). Además de ello, cabe decir que el propio Ignacio de Loyola insistió en la importancia de la atención a la salud corporal por considerarla indispensable para la realización de los fines de la Compañía. Además de procurar la alimentación adecuada de los miembros de su corporación, dispuso la presencia de un enfermero en cada casa y reglamentó con precisión sus funciones en un texto conocido como «El oficio del enfermero» (Loyola, 1991, p. 677).

Por su parte, en México, el virrey Enríquez encomendó a los jesuitas el auxilio a los indios:

Para lo cual los padres de ella repartieron entre sí los barrios de la ciudad, y cada día se les llevaba a los enfermos la comida guisada del colegio, repartiéndola por sus casas [...] El padre Concha buscó una casa grande y bien capaz en el barrio de Santiago, y [e] hizo en ella un hospital con muchas camas, donde llevó gran suma de indios pobres y los proveyó de medicinas y regalo, asistiendo a las visitas del médico y horas del comer [...] (Sánchez Baquero, 1945, XIX, p. 87).

Así en 1578, los jesuitas procuraron la publicación de su obra *Summa y recopilación de cirugía con un arte para sangrar, y examen de barberos*, de la cual hicieron una segunda edición en 1595, ampliada por el propio López; dicho libro llevaba el anagrama de la Compañía de Jesús en el centro de la portada¹⁰.

Por su parte, el *Tratado* de López, a diferencia de los libros que en su momento habían escrito los médicos Francisco Bravo y Agustín Farfán, tiene un objetivo de divulgación. Su lenguaje claro y sencillo ofrece un compendio de la medicina

¹⁰ En otro lugar hice referencia a este autor y su obra a propósito del uso de la imprenta por los jesuitas como signo de su modernidad (Torales, 2003a; Medina, 1989[1907-1912], pp. 229, 305, 306).

europaea y americana factible de ser utilizado por un lego. Para tal fin, su autor proporciona una descripción detallada de los procedimientos quirúrgicos realizados en la capital novohispana en la segunda mitad del siglo XVI.

En suma, la obra de López de los Hinojosos representa el comienzo de la divulgación de los conocimientos de la naturaleza novohispana en aras de fomentar su uso para la salud corporal.

Los primeros pasos evangelizadores

En la frase, numerosas veces citada, de la carta de Ignacio de Loyola dirigida en 1549, por medio del padre Polanco, a los padres Francisco de Estrada y Miguel de Torres, «al Mexico ínbien si le pareze, haziendo que sean pedidos ó sin serlo», dejó inscrito su interés de que los jesuitas participaran en el proyecto novohispano (Loyola, 1904, p. 302). Sin embargo, solo le tocó al santo aprobar en América la provincia de Brasil en 1553. No obstante, es aceptado que desde que los jesuitas pisaron tierras novohispanas estuvieron conscientes de que la expectativa del Papa y de Felipe II era que se dedicaran a la labor misional y evangelizadora entre los indios, como con éxito lo habían hecho en el Perú. A pesar de ello, la primera década jesuita novohispana se distinguió más por el impulso a la labor educativa y misional en los principales centros urbanos para españoles y los barrios indios próximos a estos. En este contexto, se llevaron a cabo las fundaciones del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo en la capital y de los colegios de Puebla, Oaxaca y Pátzcuaro. Este último lo trasladaron más tarde a Valladolid. El sello educativo ha sido atribuido a la formación y trayectoria en Europa del primer provincial, el padre Pedro Sánchez, doctor en teología por la Universidad de Alcalá, quien influyó en el perfil de los miembros de las expediciones jesuitas que siguieron a la suya. Preocupado el padre Sánchez por engrosar las filas de los miembros de la corporación en la Nueva España mediante la formación de los jóvenes, solicitó maestros en gramática y teología, quienes ya en la capital novohispana imprimieron a la obra jesuita un carácter educativo e intelectual durante la primera época. En particular hay que hacer notar que en la expedición de 1574 llegó el ya citado Lanuchi y en la de 1576, los padres Pedro Hortigosa, Pedro de Morales y Antonio Rubio. Sin embargo, algunos fueron renuentes a participar en la evangelización de los indios. Uno de ellos fue Antonio Rubio, doctor en teología, quien consideraba mejor estrategia que los jesuitas se dedicaran a formar a los clérigos que habrían de ocuparse de las doctrinas de los indios.

No obstante, se debe reconocer que la génesis del proyecto misional ocurrió cuando el provincial era el padre Pedro Sánchez; rector, el padre Diego López; y maestro, Pedro Díaz. Baste citar que en 1576 el general Everardo Mercuriano, vista la experiencia en el Perú, manifestó al padre Sánchez la conveniencia de que los jesuitas

aprendieran la lengua de los indios para predicarles en ella y le encomendó que lo hicieran como en el Perú, «habiendo en casa profesor público de ella» (Loyola, 1904, p. 241; Zambrano, 1961-1977, I, p. 241). Además, el mismo padre general indicó en enero de 1579 al visitador Juan de la Plaza, quien había estado en el Perú antes de su arribo a México, que solo admitiera al sacerdocio a quienes conocieran alguna lengua de la tierra (Loyola, 1904, p. 420). Los jesuitas iniciaron su labor misional en los espacios urbanos y en los territorios próximos a ellos, entre los indios ya evangelizados: nahuas, otomíes, matlazingas¹¹, tarascos¹², mixtecos y zapotecos¹³. Al tiempo en que Lanuchi impulsó la impresión de los textos para la enseñanza de los clásicos y la introducción de las matemáticas, Sánchez Baquero recorrió el territorio en las primeras misiones y trazó sus apuntes cartográficos, mientras que los doctores Pedro de Hortigoza y Antonio Rubio impartieron los cursos de artes y teología en el Colegio Máximo.

Debemos hacer un paréntesis y señalar la diferencia entre el concepto misional y el evangelizador. El primero tuvo como propósito fomentar entre la población ya catequizada las prácticas propias de la fe católica. De manera particular, los jesuitas promovían la confesión, como se lo propuso el santo fundador, en las misiones urbanas y rurales mediante la catequesis y la predicación «tal como se hace en la Primera Semana de los Ejercicios. San Ignacio se centraba en los mandamientos, los preceptos de la Iglesia, los pecados capitales, los cinco sentidos, las obras de misericordia, la diferencia entre pecado venial y mortal, y en cómo hacer una buena confesión» (*Diccionario*, 2001, I, p. 713). La labor evangelizadora, en cambio, estaba dirigida a introducir la fe católica entre herejes e infieles.

Respecto al tema que nos ocupa, reconoce el cronista anónimo (¿Gaspar de Villerías?), que no obstante el interés de sus compañeros por los naturales americanos, no fue fácil emprender la labor misional, en los términos mencionados por el desconocimiento de la lengua mexicana, por lo que:

¹¹ En Tepoztlán, lograron la reducción de los pueblos dispersos hablantes del náhuatl, otomí y matlazinga. Nos dice Sánchez Baquero que «[...] fue el primer pueblo en la Nueva España que se congregó sin otra violencia ni fuerza» (1945, p. 162).

¹² En Pátzcuaro, afirma Sánchez Baquero que: «Tenían los padres grande dolor de ver tanta y tan dispuesta mies de indios, y ellos imposibilitados de ayudarlos, por no saber la lengua ni poderla aprender por sus ocupaciones, [...] los indios con su buena inclinación se les pegaron mucho, y aunque, sin entenderlos, los llevaban los domingos y fiestas por los pueblos circunvecinos (en que había millares de gente) a decirles misa; y por medio de algún colegial intérprete se les predicaba y confesaban los enfermos que lo pedían, aunque fuese por el mismo intérprete» (1945, p. 77).

¹³ Sobre la atención de los indios en Oaxaca, Sánchez Baquero menciona que: «[...] aquella ciudad tiene un barrio algo apartado, donde están avecinados, en el cual tiene la Compañía una muy buena iglesia y capaz. En esta se juntan a oír sermones todos los domingos y fiestas en la tarde, porque, aunque tienen su propio cura y parroquia, de ordinario se deja a la Compañía la administración [...]» (1945, p. 84).

[...] al principio sin otro provecho alguno, solamente nos les podíamos mostrar agradables por medio de intérpretes, y deseosos de saber la lengua para los ayudar; pero Dios nuestro Señor tuvo por bien de darnos buenos ministros de los mejores y más aventajados en lengua mexicana y otomí de cuantos hasta entonces ni después acá ha habido en la nuestra ni en las demás religiones (Anónimo, 1945, VII, p. 21).

En efecto, a la incipiente labor misional realizada por los primeros jesuitas a través de intérpretes, a partir de 1573 se sumaron a ellos sacerdotes ya experimentados y criollos que habían crecido próximos a los indios, entre los que había quienes dominaban las lenguas mexicana y otomí. El mismo cronista nos da los nombres de los primeros:

- a) Alonso Fernández de Segura (1515-1589c.). Cura de Ixtlahuaca, quien había sido provisor de los indios en el Arzobispado de México, se incorporó próximo a los sesenta años y trabajó en la Compañía catorce más. Además de la lengua mexicana, aprendió las lenguas mixteca y zapoteca¹⁴ y llegó a ser rector del colegio de Oaxaca.
- b) Gerónimo López (1524-1596). Fue párroco y provisor de indios. Ingresó a la orden en 1578. En 1573, aun sin haber ingresado a la Compañía, fue rector del colegio convictorio de San Pedro y San Pablo de México. Con el padre Pedro Díaz y el hermano Mateo de Illescas, en 1585 fue asignado a Guadalajara, donde un año más tarde habrían de fundar el colegio (Zambrano, 1961-1977, I, p. 601-604).
- c) Bartolomé de Saldaña (1510-1581). Fue el primero que ingresó a la Compañía en México, el 11 de abril de 1573, siendo cura de la parroquia de Santa Catarina Mártir.
- d) Hernán Gómez (-1610). Conocedor de las lenguas náhuatl, mazahua y otomí, «a quien Nuestro Señor dotó de gran facilidad en aprender otras lenguas bárbaras y de gran celo en la ayuda de estos pobres indios». Su labor misional fue entre los otomíes en Tepozotlán, Huitzquilucan y San Luis de la Paz. Se distinguió también por haber compuesto un diccionario de la lengua otomí.
- e) Juan de Tovar (1541-1626). Era ya sacerdote racionero y secretario del cabildo eclesiástico. Dominaba las lenguas náhuatl, otomí y mazahua. Fue reconocido por sus contemporáneos como el primero y «más aventajado» en la lengua mexicana.

¹⁴ «[...] que haga profesión de tres votos, especialmente por tener la lengua de aquella tierra (de Oaxaca), y para excitar a los demás a aprenderla». P. Aquaviva a Antonio de Mendoza, 21/XI/1583 (Zambrano, 1961-1977, II, p. 19).

De este último es del que más se ha ocupado la historiografía mexicana debido a que dejó manuscritos sobre el calendario e historia de los indios que sirvieron de fuente, entre otros, a José de Acosta (Anónimo, 1945, nota 110). Para nuestro propósito debemos poner atención al *Catecismo de la lengua castellana* hecho en forma de diálogo para niños, a semejanza del que elaboró Canisio en 1555 para la reevangelización alemana, imitando el que hiciera Lutero. Tovar lo tradujo al náhuatl en forma de diálogos breves:

[...] con tanta elegancia que incitó no solo a los nobles mexicanos, mas también a los más viles macehuales, a que lo deprendiesen. Y después de haberlo declarado y preguntado a los niños hacía sobre él pláticas tan provechosas que confesaban los indios no haber entendido hasta entonces los misioneros de nuestra santa fe, ni aún haber sido cristianos más que en el nombre (Anónimo, 1945, VII, p. 22).

El arzobispo Pedro Moya de Contreras ordenó la publicación de ese catecismo para su distribución a los «indios de gracia» y a los vicarios y beneficiados para que lo predicaran y enseñaran a sus fieles. Nos dice el cronista que los vicarios de su distrito lo «hicieron de buena gana, reconociendo el bien que a sus ovejas resultaba, y que a ellos les había estado también muy a cuento viendo reducidas a la frase mexicana muchas cosas de doctrina grave». Lamentablemente hay que decir que no ha llegado a nuestros días ningún ejemplar de esta obra del padre Tovar. Conviene mencionar también su iniciativa de escribir en lengua mexicana su *Flos Sanctorum*, que incluía las vidas de santos selectos y del que, aunque no llegó a publicarse en su tiempo, el padre Antonio de Mendoza consideró: «Entiéndese que será obra de grandísimo provecho para ellos» (Zambrano, 1962, II, p. 120).

Ya hemos mencionado la comprometida participación de la Compañía en el cuidado material a los indios durante la epidemia que los afectó en 1575. A propósito de la atención espiritual por estos primeros *padres lenguas*, así llamados los que aprendieron alguna o varias de las lenguas de la tierra, hay que añadir que:

[...] había harto dolor en la Compañía en no poder acudir a todos por falta de lenguas. Los padres Juan de Tovar y Alonso Fernández, que podían, por saber la lengua, acudieron de noche y de día a este oficio [de confesar y sacramentar a los enfermos] caritativo y obligatorio (Sánchez Baquero, 1945, XIX, p. 88).

Un factor más retrasó la labor misional de los jesuitas durante los primeros años: además de requerirse para ello el aprendizaje de las lenguas, las doctrinas de los indios en los territorios en referencia estaban encomendadas a las órdenes

religiosas que les precedieron, tales como franciscanos, dominicos y agustinos, así como a miembros del clero secular¹⁵.

Para la curia en Roma, seguramente en comparación con las realizaciones en la provincia de Perú, las primeras tareas pastorales entre los indios en la Nueva España no fueron suficientes. El general Aquaviva, en una carta dirigida al provincia Antonio de Mendoza, fechada el 15 de diciembre de 1583, advirtió que el pontífice Gregorio XIII, *ovia note* afirmaba que «los nuestros se ocupaban con los españoles cuidando muy poco de los indios y que convenía se remediase pues la necesidad de aquel nuevo mundo era ganar los naturales» (APMS.J., I,1). Las primeras crónicas y las *Cartas annuas*, escritos que cada año enviaban los provinciales al padre general (Septimae Congregationis Generalis, 1709, p. 587), dejan ver que, en efecto, en sus primeros años en tierras novohispanas los jesuitas iniciaron su labor misional, en términos de la predicación itinerante, en las ciudades de México, Puebla Oaxaca y Pátzcuaro y en espacios rurales próximos. Dieron preferencia al programa educativo, mediante el edificio de iglesias y colegios, así como a la obtención de propiedades cuyas rentas garantizaran su sostenimiento, ya que consideraban a este el soporte de las labores misional y evangelizadora (Sánchez Baquero, 1945, XXIX, pp. 147-150).

Antonio de Mendoza y la empresa misional

El general, el padre Claudio Aquaviva, interesado en corregir el rumbo de la misión jesuita novohispana, designó como tercer provincial, en agosto de 1583, al padre Antonio de Mendoza, rector entonces del colegio de Alcalá¹⁶, a quien entre sus principales tareas insistentemente le encomendó la renovación espiritual de los jesuitas mediante su corrección¹⁷, la instrumentación sistemática de los ejercicios

¹⁵ Aquaviva en la posdata a la carta dirigida al padre Antonio de Mendoza el 15 de diciembre de 1583 dice: «[...] ya sabe su santidad del zelo que los nuestros tenían, con que deseo estaban empleándose en esta necesidad tan grande de los naturales más que los religiosos tenían a su cargo las doctrinas y no consentían que los nuestros exercitasen [...] y para remedio se ofrezca su santidad un Breve con las cláusulas que parecieren más porque el p. Fco. Vaez le sugirió que en lugar del Breve pues este antes causaría exasperar los que havian de hazerlo executar y que el medio mejor seria alguna carta de su majestad al virrey y para los nuestros y así se pidió a su santidad escribiese al rey lo mandase» (APMS.J., 1583, I, p. 1).

¹⁶ «Con mucho cuidado me ha tenido hartos días, proveer la provincia de México de tal superior cual la distancia y necesidad de aquellas partes pide. Y, después de haber a esta intención ofrecido a nuestro Señor sacrificios y oraciones y hecho diligencias, me he resuelto en la persona de V. R.» (Aquaviva a Antonio de Mendoza, 15/VIII/1583, APMS.J.).

¹⁷ En la carta del padre Aquaviva al padre Antonio de Mendoza, de 21/XI/1583, le da instrucciones detalladas de las correcciones que deben hacer los jesuitas novohispanos (APMS.J.).

de San Ignacio y la reorientación de la provincia de México a la labor misional entre los indios¹⁸.

El padre Mendoza, nacido en 1550 en Toledo, era uno de los hijos del conde de Orgaz. Había estudiado en Alcalá donde ingresó a la Compañía a los catorce años. A los 23, ya ordenado sacerdote, fue designado prefecto de «las cosas espirituales» del colegio de Alcalá, y en 1774 fue nombrado rector de la casa de Villarejo. Un contemporáneo suyo, el padre Andrés Martínez, en carta al padre Everardo Mercuriano lo describió así:

[...] es espejo de virtudes de todos los de ella, especialmente de humildad, junto con madurez y prudencia admirables; celoso del instituto de la Compañía y deseoso del espíritu de ella para todos sus hijos. Es amado de todos los de casa y con razón, porque allende de las partes dichas, él los ama como padre (Zambrano, 1961-1977, II, p. 14).

Diez años después, el padre Aquaviva, al considerarlo idóneo para provincial de México, dijo de él en su carta al padre Gil González, fechada el 3 agosto de 1583:

[...] ninguno (consideradas muchas circunstancias) parece más a propósito que el padre Antonio de Mendoza, de cuya virtud y otras partes, y de la prudencia con que en el Villarejo y Alcalá ha gobernado, se tiene tan buena experiencia (Zambrano, 1961-1977, II, p. 15).

Estas virtudes eran necesarias para asumir sus tareas de reorientar la provincia mexicana a la tarea evangelizadora sin detrimento del proyecto educativo. En suma, Antonio de Mendoza tenía que motivar a los jesuitas a una acción integral sin facciones al interior, mediante la renovación espiritual por medio de la aplicación de los ejercicios, alejándoles de la vida contemplativa que el padre Alonso Sánchez había fomentado, con algún éxito entre los jóvenes (Sánchez Baquero, 1945, XXVIII, pp. 144-148).

Ya en 1584 el padre Aquaviva tuvo las primeras noticias de los avances del padre Mendoza¹⁹; y ya el 15 de enero de 1585, el padre Francisco Vázquez, en carta al general Aquaviva, aseguraba:

¹⁸ En varias de las cartas del padre Claudio Aquaviva a Antonio de Mendoza se hace énfasis en estas tareas: Roma 15/XII/1583 (APMS.J., I, p. 1); Roma 4/III/1584. Cuando estaba Mendoza próximo a partir a la Nueva España, le dice: «[...] deseo mucho que con toda exaction se guarde el orden que se ha dado para que todos los nuestros aprendan la lengua y haya la estima que se debe tener de obra propia de nuestro instituto y tan prescabida de la Compañía que por solo ella envía a sus sujetos a aquellas partes» (APMS.J., I, pp. 4-7). «Los ministerios con los indios, los lleva muy encomendados el p. provincial» (carta del padre Aquaviva al padre Pedro de Ortigosa, 15/III/1584).

¹⁹ «Lo demás todo, así de estudio como de los indios lo va ordenando con gran suavidad y prudencia; que llegando, como se llegó a su provincia, cerca de S. Lucas (18 de octubre) ha tenido y tiene bien que hacer en disponerlo todo, y especialmente va animado para la ayuda de los indios, y se espera notable aumento en esto [...]». Carta de Vázquez a Aquaviva (Zambrano, 1961-1977, II, p. 30).

Y tiene conocida casi toda la gente: y todo lo va ordenando con mucha prudencia y consuelo de todos. Especialmente ha dado y da calor al negocio de los indios, así en crear (padres) lenguas de nuevo, como en repartir por misiones las que ya estaban hechas (Zambrano, 1961-1977, II, p. 37).

En un breve lapso, el padre Mendoza emprendió las siguientes acciones en aras de impulsar la labor misional:

- a) A los dieciocho padres que sabían diversas lenguas, entre los 150 jesuitas que integraban la provincia mexicana al inicio de su gestión, los reanimó y distribuyó en misiones. Cabe decir que diez de ellos sabían mexicano; cuatro, otomí; y cuatro más, tarasco (Zambrano, 1961-1977, II, p. 35).
- b) No obstante la resistencia del general Aquaviva para que los jesuitas continuaran con los seminarios de Tepozotlán y San Gregorio para niños indios, Mendoza logró conservarlos durante su gestión como provincial.
- c) Determinó que se agregara una iglesia al seminario de San Jerónimo para que se atendiera a los indios (Zambrano, 1961-1977, II, p. 35). Cabe advertir que apenas el 24 de octubre de 1584 Mendoza informaba al general Aquaviva que había que asignar a un jesuita para atender «por lo menos a cinco o seis mil indios que allí hay en los obrajes de paños» (1961-1977, II, p. 83). Fue al padre Antonio del Rincón (1555-1601) a quien encomendó esta labor. Por ello, es llamativo que este último no sea mencionado en forma particular por los cronistas de su tiempo, a pesar de haber escrito *Arte Mexicana*, primer tratado sobre lenguas indígenas que los jesuitas llevaron a la imprenta. Este libro fue publicado por disposición del obispo de Puebla, Diego Romano, para apoyar la formación de los clérigos y religiosos que atendían las doctrinas en su obispado²⁰.
- d) Envío una misión al valle de Toluca, al partido de Jalatlaco, donde se hablaban las lenguas mexicana, otomí y matlazinga. Encomendó dicha misión a los padres Juan Díaz, Pedro Vidal y Gerónimo López (Zambrano, 1961-1977, II, p. 87).
- e) Dispuso la misión de los padres Hernán Vásquez y Juan Rogel a la región de Veracruz, por el río Alvarado «donde me certifican que se están los indios en sus idolatrías y ceguedades, por falta de quien les dé luz. Hay también gran cantidad de negros y mulatos y españoles por aquellas estancias de ganado» (Zambrano, 1961-1977, II, p. 86). Inició la labor misional en la Nueva Vizcaya,

²⁰ *Arte mexicana* compuesta por el padre Antonio del Rincón de la Compañía de Jesús. Dirigido al Illustrissimo y reverendissimo S. don Diego Romano Obispo de Tlaxcalan, y del consejo de su Magestad, & México en casa de Pedro Balli, 1595 (Medina, 1989[1907-1912], I, p. 309; Torales, 2003a).

a donde envió a los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez (Zambrano, 1961-1977, II, p. 66).

- f) Se propuso aumentar, con el ejemplo, el número de *padres lenguas*. Para ello se dedicó a reforzar el conocimiento de las lenguas nativas a los padres jesuitas que ya las sabían. El 18 de enero de 1585 Mendoza le informó a Aquaviva que en México:

La oyen todos los estudiantes de casa; también la oye el P. rector y el P. Francisco Vázquez, y para hacer camino a los cojos y mancos, también la oigo yo, y no solamente la oigo por esto sino también por el deseo que tengo de entenderme y comunicarme con estos indios (Zambrano, 1961-1977, II, p. 35).

- g) Con motivo de haber trasladado el colegio a Valladolid, determinó que se conservara el de Pátzcuaro para la atención de los naturales y envió a esa plaza al padre Cristóbal Bravo y a los hermanos Gonzalo de Tapia y Hernando de Villafañe para el aprendizaje de la lengua tarasca. Así lo manifestó el padre Francisco Majano en su carta a Aquaviva, fechada el 13 de abril de 1585 (Zambrano, 1961-1977, II, p. 42).

- h) Convocó a la Segunda Congregación Provincial, que se realizó el 2 de noviembre de 1585. En esta reunión se acordó lo siguiente, a propósito de los indios:

- Que se expusiera al general la ventaja de tener seminarios de indios y que estos tuvieran su vida independiente de todo colegio o residencia, sustentándose con lo que dieran los indios.
- Que se preguntara al padre general si bastaba para la ordenación saber solo una lengua.
- Que en Roma se declarara cómo deberían sostenerse los colegios de *padres lenguas*.
- Que se fomentaran las misiones rurales de provecho para los indios y para los españoles.
- Que Tepozotlán, colegio de *padres lenguas*, no cambiara de lugar.
- Que se pidiera al general el envío de más misioneros para atender a pueblos de gentiles que estaban ya sujetos a los españoles en la provincia de Michoacán «confinados» con los chichimecos (APMS.J., I, pp. 206-211).

Fue así que a principios de 1586, el padre Mendoza describió con detalle los logros de su primer año de gobierno en la carta *Annu*a de 1585. La provincia mexicana contaba con 155 jesuitas distribuidos en ocho casas, cuatro colegios (México, Puebla, Valladolid y Oaxaca) y cuatro residencias (Tepozotlán, Veracruz, Pátzcuaro y Manila). Planteó entonces la fundación del colegio de Guadalajara.

Mientras tanto, en el colegio de México continuaba la lección de la lengua mexicana y dos padres atendían la confesión y la predicación entre los indios. A este respecto advirtió el padre Mendoza:

[...] holgará harto V.P. de ver tres o cuatro mil indios que se juntan en un gran patio que hay en casa, a oír su sermón, con tanta atención y tantas lágrimas, que aun los que no entendían lo que se les predicaba, de solo verlos tan conmovidos, les hacían compasión los sermones (Zambrano, 1961-1977, II, p. 125).

De este colegio habían partido con éxito las misiones a Xalatlaco, para la atención de indios, y la de Guanajuato, para favorecer a los españoles aislados en ese real por los indios chichimecas (Zambrano, 1961-1977, II, pp. 135-139).

En la residencia de Tepozotlán los jesuitas se ocupaban entonces del aprendizaje de las lenguas. A este propósito dio noticia cómo en esa casa el padre Gómez había concluido su vocabulario otomí. Al respecto, afirmó que había cerca de ochenta alumnos en el seminario de niños indios otomíes y mexicanos:

[...] aquí se crían, apartados de sus padres, en buenas costumbres. Aprenden la doctrina cristiana, a leer y a escribir y algunos otros oficios[...] y algunos de ellos aprenden a cantar, para servir en la Iglesia, que es entre ellos grande honor y dignidad; estos vendrán a ser gobernadores y principales entre ellos [...](Zambrano, 1961-1977, II, p. 128).

Asimismo, en las misiones que emprendían desde Tepozotlán, los padres Tovar, Diego García y Diego de Torres habían fomentado (a través de la predicación) la confesión, eucaristía y el matrimonio, con lo que habían logrado reducir la embriaguez y «deshonestidad» entre los indios (Zambrano, 1961-1977, II, pp. 129-135).

En el colegio de Puebla, además de los dos *padres lenguas* destinados a la predicación a los indios, habían destinado a algunos estudiantes al aprendizaje de la lengua mexicana. En la iglesia del convictorio de San Jerónimo se atendía a los indios, además de que dos padres visitaban a los que se encontraban dentro de los obrajes que había en la ciudad. Además, a solicitud del obispo de Puebla, un padre y un hermano jesuitas habían pasado a Teutlalco en la provincia de Tlaxcala, jurisdicción atendida por un clérigo, a pesar de que contaba con 66 visitas de 30 a 100 tributarios. Mediante su labor en el púlpito y la enseñanza de la doctrina cristiana lograron extirpar las idolatrías y restituir las prácticas sacramentales. En la residencia de Veracruz, además de atender a los españoles durante el tiempo en que permanecía la flota en ese puerto, se ocupaban de la población negra y realizaban misiones entre los «morenos» que residían en haciendas e ingenios, así como entre los indios otomíes «que andaban fugitivos robando las haciendas e inquietando a todos». En estas misiones pudieron constatar nuevamente la incapacidad que había para predicar el Evangelio por el desconocimiento de la lengua de la región. Los jesuitas del colegio de Oaxaca atendían a los indios mexicanos, mixtecos

y zapotecos congregados próximos a la ciudad, lo que al decir del padre Mendoza, hacía de este un «sitio muy apropiado» para fundar un seminario de lenguas. De este modo, salían del colegio a misiones, estancias y haciendas, limitadas en esa época a la lengua mexicana. Asimismo, reconocieron el pueblo de Mitla, con sus magníficos edificios cubiertos con variadas y numerosas grecas, calificado como «obra maravillosa». En Pátzcuaro, a pesar de que los padres carecían en esa residencia de rentas, habían logrado, con el apoyo de los indios, la construcción de su iglesia; los padres Bravo y Tapia habían aprendido ya la lengua del lugar y había aumentado la devoción a la Virgen de San Lucas, procedente de Roma, y a las reliquias obsequiadas por el papa Gregorio XIII. Además, los jesuitas habían incrementado su labor misional entre los indios tarascos e iniciado las misiones en favor de los chichimecos de las estancias al servicio de los españoles. En relación con esto escribió el padre Juan Ferro al padre Mendoza lo siguiente:

Introdujimos en estas misiones un catecismo que aprenden todos; quitáronse muchos amancebamientos, que eran más que los casamientos; impidiéronse muchas borracheras, porque oyendo en los sermones «que el demonio estaba en su vino», en llegando a casa quebraban los cántaros y derramaban el vino [...].

Por su parte, la carta *Annu*a de 1585 dejó manifiesto el impulso que el padre Antonio de Mendoza dio a la labor misional y evangelizadora en la Nueva España. De todos sus logros, solo los seminarios para niños indios en México y Tepoztlán habrían de dejarse «poco a poco» por considerarlos Aquaviva de «poco fruto», pues los niños que ahí se criaban no habrían de «ordenarse y ser curas [...]» (Zambrano, 1961-1977, II, p. 62). Por lo demás, el 16 de junio de 1586 Aquaviva aprobó la escuela de lenguas en Oaxaca (1961-1977, II, p. 60); el 15 de abril de 1587, Mendoza logró la dotación de Melchor de Covarrubias a favor del colegio de Puebla (1961-1977, II, p. 61); el 12 de junio de 1589, el general de la orden aceptó la fundación del noviciado de Tepoztlán por Pedro Ruiz de Ahumada; y el 2 de octubre de 1590, aceptó el colegio de Guadalajara, que hacia 1586 había sido fundado (1961-1977, II, p. 65). En 1590 recibió el padre Mendoza cinco cartas de los padres Gonzalo de Tapia y Nicolás de Arnaya en las que le daban noticia de sus misiones entre los indios chichimecos en la jurisdicción de San Luis de la Paz (1961-1977, II, p. 68). Un año después, Mendoza fue llamado a Roma para informar al padre general sobre «las cosas de las Indias» y regresó en 1593 a la provincia de Toledo, donde, en mayo, a la muerte del padre Alonso Sánchez, lo enviaron nuevamente a Roma, a la Quinta Congregación General. En esta fue elegido asistente de España y de las Indias, el 18 de enero de 1594 (1961-1977, II, pp. 67-68). El 13 de mayo del mismo año el rey Felipe II expidió cédula real para que el padre Pedro de Morales, con 18 jesuitas y dos criados, se embarcara a la Nueva España para pasar a las provincias de Topia, Sinaloa y la Laguna, y les

garantizó la provisión de todo lo necesario para su viaje y sustento (Anónimo, 1945, pp. 104-105). Esta real cédula fue el punto de partida de la expansión misional y evangelizadora hacia el norte novohispano. Dos años más tarde, el padre Mendoza falleció a los 46 años de edad (Zambrano, 1961-1977, II, p. 70).

Conclusiones

Anotamos algunas afirmaciones que, más que considerarse conclusivas, nos invitan a la valoración integral de las iniciativas de los jesuitas en los orígenes de la provincia mexicana.

1. Los primeros jesuitas que emigraron a América fueron, en mucho, semejantes a los individuos del Renacimiento europeo.
2. Formados en «letras de humanidad» y en las «artes o ciencias naturales» en los primeros colegios jesuitas (Mesina y Alcalá), se proclamaron celosos herederos de la antigüedad clásica.
3. Actuaron diligentemente en la descripción del espacio y la naturaleza americanos.
4. Podemos asumirlos como exponentes de la ciencia aplicada: aproximaron los conocimientos teóricos a la práctica. Comprendieron los conocimientos científicos como medios para apoyar sus fines: la «mayor Gloria de Dios» a través de su labor educativa y misional.
5. De acuerdo con sus propósitos, desde el siglo XVI, privilegiaron la matemática, la geografía y el reconocimiento de la naturaleza aplicado a la salud corporal.
6. En su labor misional identificaron y apreciaron la diversidad lingüística americana y, con ello, el reconocimiento pluricultural del otro: el indio.
7. Lejos de considerar que la opción misional de la Compañía de Jesús defendida en su tiempo por el padre Nadal, esta fue dejada de lado por quienes optaron por privilegiar la fundación de colegios en la Nueva España. Por ello, es posible apreciar cómo, en constante diálogo con el general en Roma, los jesuitas sentaron las bases para el proyecto misional novohispano en las dos últimas últimas décadas del siglo XVI.

En suma, las primeras experiencias de la Compañía de Jesús en la Nueva España contribuyeron a definir la fisonomía del jesuita iberoamericano y a consolidar los objetivos del programa de la corporación allende el Atlántico.

Bibliografía

- Alegre, Francisco Xavier (1841). *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España* (3 vols.). México, D.F.: J. M. Lara.
- Alzate, José Antonio (1831[1790]). *Gacetas de Literatura de México*. Puebla: Hospital de San Pedro.
- Anónimo (1945). *Relación breve de la venida de los de la Compañía de Jesús a la Nueva España año de 1602* (manuscrito anónimo del Archivo Histórico de la Secretaría de Hacienda, versión paleográfica del original, atribuido al padre Gaspar Villerías; prólogo, notas y adiciones por Francisco González de Cossío). México: Imprenta Universitaria.
- Briesemeister, Dietrich (2004). «La difusión de los conocimientos sobre México en los impresos alemanes de los siglos XVI y XVII» (ponencia presentada en el Simposio México y Alemania. Percepciones Mutuas en Impresos, XVI-XVIII, en México, del 8 al 11 de marzo).
- Burrus, Ernest, S.J. (1967). *La obra cartográfica de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús (1567-1967)*. Madrid: José Porrúa Turanzas.
- Cavo, Andrés (1949). *Historia de México*. México, D.F.: Patria.
- Clavigero, Francisco Xavier (1944). Frutos en que comercia o puede comerciar la Nueva España. En Mariano Cuevas (comp.), *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII: Priego, Zelis, Clavigero*. México, D.F.: s.e.
- Gómez Robledo, Xavier (1954). *Humanismo en México en el siglo XVI. El sistema del Colegio de San Pedro y San Pablo*. México, D.F.: Jus.
- Loyola, Ignacio de (1904). *Monumenta Ignatiana Epistolae et Instructiones* (tomus secundus, Matrity Typis, Gabreelis Lopez del Horno). Roma: Monumenta Historica Societatis Iesu.
- Loyola, Ignacio de (1991). *Obras de San Ignacio de Loyola*. Madrid: BAC.
- Medina, José Toribio (1989[1907-1912]). *La imprenta en México (1539-1821)* (edición facsimilar). México, D.F.: UNAM.
- Muriel, Josefina (1990). *Hospitales de la Nueva España, fundaciones del siglo XVI* (2 tomos). México, D.F.: UNAM, Cruz Roja Mexicana.
- Oviedo, S.J., Juan Antonio de (1755). *Elogios de muchos hermanos coadjutores de la Compañía de Jesús, que en las quatro partes del mundo han florecido con grandes créditos de santidad. Recogiolos de muchos autores el padre [...]* (2 tomos). México, D.F.: Imprenta de la Vda. de Joseph Bernardo de Hogal.

- Pérez de Ribas, Andrés (1896). *Corónica y Historia Religiosa de la Provincia de la Compañía de Jesús de México en la Nueva España*. México, D.F.: Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús.
- Pieper, Renate (2004). «Información impresa e información manuscrita sobre México transmitida y reproducida en la Alemania del siglo XVI: una comparación» (ponencia presentada en el Simposio México y Alemania. Percepciones Mutuas en Impresos, XVI-XVIII, en México, del 8 al 11 de marzo).
- Pietschmann, Horst (2004). «Imágenes impresas de México de los siglos XVI y XVII en Alemania» (ponencia presentada en el Simposio México y Alemania. Percepciones Mutuas en Impresos, XVI-XVIII, en México, del 8 al 11 de marzo).
- Rodríguez-Sala, María Luisa (1994). *Raíces de la Cultura Científica Nacional. Los primeros personajes en la Nueva España, siglo XVI*. México, D.F.: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología-Chromatos.
- Sánchez Baquero, Juan (1945). *Fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España* (prólogo de Félix Ayuso). México, D.F.: Patria.
- Schmidt, Peer (2004). «La Nueva España en las cosmografías alemanas de los siglos XVI y XVII» (ponencia presentada en el Simposio México y Alemania. Percepciones Mutuas en Impresos, XVI-XVIII, en México, del 8 al 11 de marzo).
- Septimae Congregationis Generalis (1709). *Regulae Societatis Iesu*. Antuerpiae, Joannem Mevrsvm.
- Torales Pacheco, María Cristina (2003a). «Los jesuitas, la modernidad y el espacio público ilustrado» (ponencia presentada en el Coloquio Internacional los Jesuitas y la Modernidad en Iberoamérica, 1549-1773, en Perú, del 8 al 11 de abril).
- Torales Pacheco, María Cristina (2003b). «Cartas de jesuitas y comerciantes en la Nueva España (XVI-XVIII)» (ponencia presentada en el II Seminario Conde de Peñaflorida, en Toulouse, Francia, del 14 al 16 de noviembre).
- Torales Pacheco, María Cristina (2003c). «Los jesuitas novohispanos y la naturaleza en el siglo XVIII». Texto en prensa.
- Trabulse, Elías (1983). *Historia de la Ciencia en México. Estudios y textos siglo XVI*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Vincent, Bernard (2003). «Jesuitas, epidemias y estrategias en el nuevo mundo (ss. XVI-XVII)» (presentado en el Coloquio Internacional los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica, 1549-1773, en Perú, del 8 al 11 de abril).
- Zambrano, S.J. Francisco (1961-1977). *Diccionario Biobibliográfico de la Compañía de Jesús en México* (16 tomos). México DF: Jus, Tradición (los últimos cinco volúmenes fueron editados por José Gutiérrez Casillas, S.J.).